

Aportes desde la Psicología

La construcción del conocimiento desde lo intersubjetivo

Laura Bermúdez Canzani | Psicóloga. Profesora Efectiva del Área Psicológica en IFD.

«No sé qué esperanzas me infundes y prometes con tu rostro amigo; cuando yo alargo los brazos hacia ti, tú los extiendes también; cuando yo te sonrío tú sonríes. También a menudo he notado tus lágrimas cuando yo lloraba. Con una indicación de cabeza respondes a mis señas y por lo tanto te puedo sospechar por el movimiento de tu hermosa boca, tú me diriges palabras que no llegan a mis oídos. Yo soy ese; me he dado cuenta y mi imagen no me engaña; me abrazo en el amor de mí mismo y agito y llego a ese fuego. ¿Qué haré? ¿Esperar a que me supliquen o suplicar yo? ¿O qué voy a pedir después? Lo que deseo está conmigo, la abundancia me ha hecho indigente. ¡Ojalá pudiera separarme de mi cuerpo! Deseo jamás visto en un amante. Desearía que estuviese ausente lo que amo. Ya el dolor me quita las fuerzas y no me queda mucho tiempo de vida y me extingo en la flor de mi vida. Ni la muerte es para mí cruel al abandonar con la muerte mis sufrimientos; quisiera que este que amo fuese más duradero que yo mismo. Ahora los dos, unidos en un mismo corazón, exhalaremos juntos la misma alma.»

OVIDIO NASÓN, Publio (1997):
Las metamorfosis. México: Ed. Porrúa.

Siguiendo a Casullo, quien analiza este relato, el modelo que ofrece el mito de Narciso es el de un conocer imposible, porque Narciso no se plantea enigmas, porque su conocer es omnipotente, sólo lo refleja en él. No transforma. Dice la autora: «Es un conocimiento elemental (...) que le devuelve su incapacidad de conocer. Queda pegado a la superficie del objeto. No puede simbolizar y muere en la soledad objetual (...) Narciso no se discrimina del objeto, ni lo desea ni lo ataca por sus diferencias; (...) en el objeto no encuentra significados...»¹

Y más adelante agrega en su análisis: «Narciso no conoce porque queda encerrado en su propia imagen (...), no logra los beneficios de la intersubjetividad. Busca a los otros sólo para confirmar su belleza, no hay otro deseado o atacado por ser diferente...»²

El otro, el *alter*, es quien me-nos da la posibilidad de conocer. Es quien provoca el deseo, la ausencia, la necesidad... Y luego se instala en nuestro psiquismo en tanto lo habilitamos.

¹ A. B. Casullo (2003:23).

² A. B. Casullo (2003:27).



Y es en el espacio-tiempo donde vamos habitando, en el encuentro de miradas, voces, gestos, aromas, construimos vínculos, conocimiento, la vida rica. El encuentro implica necesariamente aceptar la alteridad, sorprendernos y “jugar” con lo extranjero del otro y de uno mismo. Porque seguramente allí está lo que no sé, lo que nos puede asombrar. Berenstein nos plantea: *«Uno de los paradigmas de la relación con el otro (...) es la relación de extranjería, que ofrece un límite a la representación; el otro nos interpela así como se siente interpelado por nosotros, a la espera de un trabajo orientado a construir con nosotros un idioma y sus claves, a sabiendas de que hay un lenguaje que nunca será propio y que deberemos seguir produciendo en común»*³.

Aceptar la alteridad implica haber transitado un camino que tiene que ver con el propio desarrollo del ser humano.

Aulagnier habla de una violencia primaria, radical, que se produce en los primeros momentos del vínculo entre madre e hijo. Es una “violencia” casi necesaria, donde la madre le “presta” los significantes al bebé, le transmite los límites de lo posible y de lo imposible. Esa transmisión la realiza desde su deseo inconsciente, desde su estructura lingüística y desde su sistema de parentesco. Y también desde lo anticipado de ese vínculo: *«somos, antes de ser, en el sueño de nuestros padres», «nos terminamos de constituir luego de nacer en un vínculo con ellos»*⁴. El grupo de pertenencia habrá, de alguna forma, precatectizado el lugar de ese nuevo ser, con la expectativa de que transmita el modelo sociocultural al que se pertenece.⁵

Ese vínculo “fundante”, madre e hijo/a, en la construcción del sujeto, se ve “sorprendido” de alguna forma cuando comienza a operar dentro del psiquismo, la función paterna. Es desde la función paterna donde el sujeto instalará la castración simbólica. Esta función de “corte” posibilita la aceptación de la propia “incompletud”,

la necesidad del “otro”, la aceptación de las diferencias y de los límites de lo que se puede y lo que no. M. Casas plantea: *«...en el espacio-tiempo de lo que “no se puede” o “no se debe”, presentificando al mismo tiempo lo que se habilita, en esas rutinas de lo cotidiano, acontece una imaginización encarnada de un acontecimiento inconsciente capital cual es la represión: trabajo de un **no** como límite al placer (...), el **no** a las demandas transita, desde las vivencias de frustración, a la elaboración de límites; y organiza, en el lenguaje freudiano, los diques que prefiguran una instancia psíquica: el superyó»*⁶.

Y continúa la autora planteando: *«la función del padre⁷ como función ordenadora, es la que en última instancia pone de relieve la diferencia de los sexos y da lugar a la organización identificatoria, donde circulan los diversos lugares que ocupan los progenitores en la peripecia singular de la organización psíquica»*⁸. Es esa función, agregamos nosotros, la que le lleva el “mundo” al sujeto en desarrollo.

Actualmente son numerosos los autores que proponen pensar acerca de la “declinación de la función paterna”. Se observa que en muchos padres aparece una confusión constante en torno al lugar desde donde ubicarse en relación al hijo o hija. Sobrepasados por los grandes y vertiginosos avances tecnológicos, estos adultos se sienten sacudidos en su estructura narcisista y frecuentemente se “auto-desalojan” del lugar de padres. Al respecto, Guerra sostiene: *«pareciera que estuviera en entredicho el aspecto estructurante de la función paterna (...). Este hecho debe resignificarse en relación a una polaridad, ya que si se “declina” la función paterna, ¿qué se eleva en su lugar? Si se limita la castración simbólica proveniente del padre, en su lugar no aparecerá la imagen de la completud fálica en ese “proyecto” de hijo, dando lugar a una renegación (...) de las diferencias entre las generaciones, quedando confusos los lugares simbólicos en la familia»*⁹. Se instala fuertemente la imagen del padre-amigo, donde decir no a los deseos del hijo, es motivo de grandes dudas y controversias no solo dentro del grupo familiar, sino particularmente en el espacio intrasubjetivo. Todo es motivo de “negociación”. Estas negociaciones producen un gran desgaste.

³ I. Berenstein (2007:121-122).

⁴ S. Freud (1914): *Introducción al Narcisismo*, citado por A. B. Casullo (2003:29).

⁵ A. B. Casullo (2003).

⁶ M. Casas de Pereda (1994), citada por V. Guerra (1997).

⁷ Cuando hablamos de la función del padre nos estamos refiriendo a la **función paterna**, que puede ser llevada adelante tanto por el padre o por la madre. Es una función que básicamente se refiere a poner límites al deseo del niño de *«alcanzar una incompletud imposible»* (Guerra), de “poderlo” todo.

⁸ A. B. Casullo (2003).

⁹ V. Guerra (1997).

No es posible pensar acerca de estos temas sin mencionar algunos “mandatos” culturales tan fuertemente presentes, entre los cuales destacamos el papel del consumo y del hedonismo.

M. Andreoli señala: «en la actualidad las legitimaciones radican cada vez más en el presente. Así tienen sentido sólo las metas próximas. Es un presente marcado fuertemente por una forma de vida que busca el hedonismo, pero un hedonismo en donde el placer “debe” ser renovado una y otra vez, donde lo que logramos en este instante ya mañana carece de sentido. Pareciera que se forman subjetividades cada vez menos dispuestas a la postergación de la satisfacción, acompañada de una sensación de soledad y de desamparo»¹⁰.

Esta imposibilidad de “esperar”, ¿no nos remite acaso a los tiempos iniciales de cada uno de nosotros? ¿Quiénes son los que, por el momento de su ciclo vital, no saben, no pueden, esperar? ¿No se nos está acaso convocando una y otra vez a los aspectos más primarios de cada uno de nosotros? ¿A aquel momento donde aún los límites no se habían instalado en nuestro psiquismo? ¿Donde la ley, en el plano de lo simbólico, todavía no ha operado?

Finalmente, si la función paterna declina, ¿cómo se construyen subjetividades capaces de vivir entre y con la alteridad?

Así, en esta línea de análisis de las implicancias que tiene la declinación de la función paterna en la construcción de subjetividad, coincidimos con lo que Duschatzky y Corea afirman: «cuando la ley simbólica -en tanto límite y posibilidad- no opera, el semejante no se configura. El semejante no es una construcción espontánea que nace del vínculo entre dos sujetos. El semejante es siempre igual a otro, ante y mediante un tercero. (...) De aquí se deriva que si la ley no opera como principio de interpelación, tampoco opera la percepción de su transgresión. Desde esta perspectiva, la violencia no es percibida como tal, en tanto no hay registro de un límite violado. Se trata de una búsqueda brutal y desorientada del otro en condiciones en que el otro no es percibido como un límite»¹¹.

Desde la Psicología Comunitaria, autores como V. Giorgi plantean que en la toma de decisiones en cuanto a políticas referidas a la infancia se observan ciertos vectores. Uno de ellos es lo que Giorgi denomina «la crisis de

la función de protección y cuidado que vive nuestra cultura»¹². Señala, entre otras, que las transformaciones en los roles de género y en el “mundo del trabajo” inciden fuertemente en los modos de crianza y de construcción de la subjetividad. Funciones que en otros momentos históricos formaban parte, sin lugar a dudas, del grupo familiar, hoy son “tercerizadas”, o derivadas hacia instituciones como la educativa. Así, la presencia adulta frágilmente sostenida, genera «situaciones de pseudo autonomía de niños y adolescentes que denuncian la fragilidad del tejido social de referencia, configuran situaciones de vulnerabilidad y desamparo unas veces enmascarado, otras francamente evidentes que llevan a depositar en el educador o el operador social (...) demandas masivas que desbordan su capacidad de respuesta»¹³.

En esta línea encontramos lo que A. Klein sostiene, que «la construcción de subjetividad se realiza desde un apego desorganizado, que no implica necesariamente maltrato físico, pero sí psíquico. El padre-cuidador ya no puede olvidarse de la “realidad social”, que le permita al niño sostener su crecimiento sin preocuparse por aquella. Por el contrario estos padres “agobiados” ni son protectores ni se les permite seguir encarnando a la sociedad. De allí que el niño en vez de estar pendiente de su propio crecimiento está pendiente del “derrumbe” de sus padres. De esta manera el niño genera prematuramente una estructura social en su mente, que implica un incentivo de su papel de hijo mesiánico que en vez de nutrir su aparato psíquico, nutre al de sus padres. El niño percibe inevitablemente que éstos son maltratados, por lo que se transforma en un experto de sus necesidades emocionales y de sus estados de ánimo»¹⁴.

A su vez, la nueva Convención sobre los Derechos del Niño plantea el interés superior del niño. Giorgi nos plantea que «en contraposición a este planteo, nuestra cultura asiste a lo que podríamos denominar PROCESO DE DEROGACIÓN DE LA INFANCIA. (...) el niño es instrumento y sujeto de consumo, se lo utiliza en la publicidad y es a la vez blanco de ella». Y continúa más adelante, afirmando: «Los proyectos

¹⁰ M. Andreoli, citado por V. Guerra (1997).

¹¹ S. Duschatzky; C. Corea (2004:25).

¹² V. Giorgi (2003).

¹³ Ídem.

¹⁴ A. Klein (2006:96).



educativos tienden a dejar de lado el desarrollo integral de la personalidad para jerarquizar la adquisición de habilidades que lo instrumenten para una sociedad fuertemente competitiva. El “mundo infantil” es invadido por el consumismo y la violencia simbólica propia de una cultura que, como los pueblos guerreros de la antigüedad prepara a sus niños para una guerra por la sobrevivencia con la permanente amenaza del fantasma de la exclusión»¹⁵.

Exclusión que implica la “expulsión social” que, a su vez, produce un «desexistente, un desaparecido de los escenarios públicos y de intercambio. El expulsado perdió visibilidad, nombre, palabra, es una “nuda vida”, porque se trata de sujetos que han perdido su visibilidad en la vida pública, porque han entrado en el universo de la indiferencia, porque transitan por una sociedad que parece no esperar nada de ellos»¹⁶.

Por momentos pareciera que en las instituciones educativas se pusiera a los otros en el lugar de “nuda vida”. Agamben define la vida humana «como aquellos modos, actos y procesos singulares del vivir que nunca son plenamente hechos sino siempre y sobre todo posibilidades y potencia. Un ser de potencia es un ser cuyas posibilidades son múltiples, es un ser indeterminado. Un ser de nuda vida es un ser al que se le han consumido sus potencias, sus posibilidades. Nuda vida es un ser absolutamente determinado»¹⁷.

Y entonces se instala lo que algunos han denominado el «síndrome de la desesperanza adquirida» (Seligman), ligado directamente a ese lugar asignado donde a veces ni siquiera se puede “mirar” al otro. Este “síndrome” está caracterizado, entre otras, por conductas como la desmotivación y pérdida de iniciativa, baja disposición al cambio, impotencia ante las situaciones vitales, baja autoestima, inestabilidad emocional (depresión, temores).

La diferencia, en vez de vivirla como una posibilidad, es sentida como un gran obstáculo para desarrollarnos y aprender. En muchas instituciones es este uno de los elementos que las hace estallar. Es como si quedáramos atrapados en ciertos “espejos”, donde el otro me genera desconfianza.

«Lo que deseo está conmigo, la abundancia me ha hecho indigente...», dice Narciso. Es solo cuando se puede contener la desilusión de que el otro no es un gemelo de uno mismo y aceptar la diferencia con él, que las personas admitimos los significados diferentes. Esto de alguna manera implica algo que forma parte del dolor mental, del orden de la desilusión, una ausencia, una falta, indispensable en la discriminación.¹⁸ «En el espacio intersubjetivo el otro no puede ser “objetalizado”, como “aplanado” por el deseo del yo. El precio de la pertenencia a un vínculo es el reconocimiento del otro en su alteridad radical.»¹⁹

Las instituciones reflejan lo que acontece en el tejido social, el otro me es tan ajeno que despierta, antes que nada, la sospecha. Se observa que «la figura del vecino es substituida por la del “extraño”, revestido con características de amenaza, indefinición y de desresponsabilización social (Bauman, 1999). Esta situación que incrementa lo paranoico, imposibilita la confrontación social y generacional, corroyendo la “confianza” como metaorganizador de las relaciones sociales»²⁰.

La confianza “jaqueada” atraviesa los vínculos en sus múltiples dimensiones en la actualidad. El acto de conocer implica establecer vínculos triangulares entre un docente, un alumno y un objeto de conocimiento. Este vínculo debe necesariamente aceptar las diferencias porque, de lo contrario, se vuelve imposible el aprendizaje. Solo desde la confianza básica se viabiliza ese vínculo que habilita el aprendizaje.

Por eso nos parecía oportuno traer el mito de Narciso. Si la “completud”, si “lo que deseo está conmigo”, si no es posible sentir la falta, la carencia, ¿por qué convocar al “otro”?

En este artículo hemos transitado pensando al sujeto desde tres dimensiones que se implican: lo intrasubjetivo, lo intersubjetivo y lo transubjetivo.

En la dimensión intrasubjetiva está el sujeto con sus representaciones objetales, sus fantasías,



¹⁵ V. Giorgi (2003).

¹⁶ S. Duschatzky; C. Corea (2004:18).

¹⁷ S. Duschatzky; C. Corea (2004:19).

¹⁸ Ver A. B. Casullo (2003).

¹⁹ C. Canaparo (1997:67).

²⁰ A. Klein (2006:75).

afectos, sueños, con las representaciones de su propio cuerpo. No coinciden necesariamente lo intrasubjetivo con lo intersubjetivo.

En lo intersubjetivo, *«el yo está con otros, con los que realiza intercambios emocionales del tipo: amor, ternura, ambivalencia, conocimiento. (...) en el vínculo hay encuentro o desencuentro entre por lo menos dos personas, por eso hay extraterritorialidad mental; además hay un conector que hace posible dar cuenta de la especial manera de ligarse y que permite hablar de reciprocidad entre los elementos vinculados, que a veces pueden formar pares del tipo: sometedor-sometido, seductor-seducido, sádico-masquista (...) El significado proviene de lo inter y se irradia hacia el mundo interno y hacia el mundo sociocultural»*²¹.

No es posible el aprendizaje si no es en el espacio intersubjetivo, lo cual no significa que lo intrasubjetivo quede fuera.

Finalmente tenemos la dimensión de lo transubjetivo que refiere al vínculo que hacemos con el macrocontexto social, al cual pertenecen los significados socioculturales, las representaciones sociales, la cultura dominante que inviste a nuestro mundo interno.

Esta dimensión transubjetiva está siendo particularmente analizada desde distintas disciplinas, en tanto en la construcción de la subjetividad en la modernidad predominaban los procesos intersubjetivos, a través de una operatoria de transformación, por lo cual lo que proviene del “afuera” de la mente pasa por un proceso de asimilación al aparato psíquico (Klein). *«Por el contrario, esta operatoria es imposible desde una estructura social que facilita la predominancia de experiencias transubjetivas, donde ya no se respetan las barreras de la subjetividad y el “afuera” aparece como invasor del psiquismo. La subjetividad toma características de lo asubjetal, espacio psíquico mínimo sometido a una simplificación del mismo. (...) Se anula la capacidad de sentir y de pensar y en definitiva de preservar y consolidar el mundo interno.»*²²

Así, para algunos, la vivencia es la de *«“desollamiento”, por la cual la psiquis pasa a ser como una cáscara que al caer deja una dermis expuesta a todas las agresiones (Green, 1993)»*²³. 

Bibliografía

- BERENSTEIN, Isidoro (2007): *Del Ser al Hacer. Curso sobre vincularidad*. Buenos Aires: Ed. Paidós. Psicología Profunda.
- CANAPARO, C. (1997): “Los vínculos en la sociedad actual latinoamericana” en AUPCV: *Los vínculos en la sociedad actual*. Montevideo: Ed. Roca Viva.
- CASAS DE PEREDA, Myrta (1994): “Función paterna en la familia en este fin de milenio” en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* N° 79/80, “Fin de siglo-Milenio”. Montevideo: A.P.U.
- CASULLO, Alicia Beatriz (2003): *Psicología y Educación. Encuentros y desencuentros en la situación educativa*. Buenos Aires: Ed. Santillana.
- DUSCHATZKY, Silvia y COREA, Cristina (2004): *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- GIORGI, Víctor (2003): “Niñez, subjetividad y políticas sociales en América Latina. Una perspectiva desde la Psicología Comunitaria”. Conferencia dictada en el 29 Congreso Interamericano de Psicología. SIP. Lima, julio 2003.
- GUERRA, Víctor (1997): “Análisis de los vínculos padres e hijos en el final del siglo”. Conferencia dictada en Montevideo.
- KLEIN, Alejandro (2006): *Adolescentes sin adolescencia. Reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal*. Montevideo: Ed. Psicolibros Universitario.

²¹ A. B. Casullo (2003:32).

²² A. Klein (2006:74).

²³ Citado por A. Klein (2006:74).